

**OBRAS PREMIADAS DEL CONCURSO LITERARIO  
“MUCHO QUE CONTAR 2019”**

**CATEGORÍA 1º y 2º ESO**

**MODALIDAD POESÍA: “Miradas”**

**(2º ESO C)**

**NOELIA ROMERO DÍEZ**

No quiero esas miradas  
que con odio nos fatigan  
pupilas que se encogen  
de los ojos que más gritan

miradas odio

Esas miradas grises  
nubes tristes cansadas  
lágrimas que salen  
de dos esferas dañadas

miradas tristeza

Dadme miradas felices  
como estrellas encantadas  
al brillar una sonrisa  
en el iris reflejada

miradas alegría

De todas las miradas  
me quedo con la suya  
de sutil aleteo  
mariposa enamorada

miradas amor

## **MODALIDAD NARRATIVA: “Alix”**

**(2º ESO B)**

**ELSA MORALES PÉREZ**

Después de jurarnos amor eterno nos separamos, ninguno quería, pero en el fondo los dos sabíamos que nos volveríamos a ver.

Hoy os contaré mi historia. Hace ya dos años que hice un intercambio con mi instituto a Francia. Los franceses vinieron primero y nosotros fuimos allí un mes después. No sabía que me enamoraría tan locamente de un francés. Cabello marrón y ojos verdes, con músculos marcados y un fantástico deportista. Ni supe cómo me enamoré en tan poco, pero lo hice y me arrepiento. Me arrepiento porque le he tenido que dejar, seguramente para siempre.

Ahora yo tengo una pareja en España, el país de donde soy originaria y estoy feliz con él, pero aun así llevo el anillo que el francés me regaló. No sé si él lo sigue llevando consigo, hace mucho que no le veo, y no sé nada de él. Él me dio un anillo dorado con dos diamantes pequeños dentro de un óvalo. Él me dijo que nos simbolizaba a los dos, dentro de nuestra burbuja de felicidad. Yo a él le di un anillo plateado grueso, con un tipo de nudo que simboliza nuestra unión. Cuando hacía un año de nuestra separación, pensaba que podríamos conseguir mantener el contacto, pero ahora no creo que sea posible. Le extraño y él a veces también me dice que me echa de menos, pero cada uno sigue con su vida. Lo único difícil era la comunicación. Él hablaba en francés y yo en español, pero los padres de él eran españoles así que sabía suficiente para poder entablar una conversación. Igualmente era divertido ver cómo él intentaba decir una palabra que no sabía e iba definiéndola poco a poco. Le extraño más de lo que debería, debería olvidarle, pero no puedo. Después de dejarle sentí un vacío enorme, sentía que algo me faltaba, sentía la necesidad de volver y darle un último abrazo. Necesitaba insultarle con lágrimas en los ojos y darle un último beso. Llamarle idiota mientras acariciaba su pelo. Le necesitaba más que a nada, más que a nadie.

Mi nuevo novio es parecido a él físicamente, cabello marrón pero de ojos azules, alto y musculoso. Con él me río mucho y le quiero muchísimo, pero el francés era diferente, me hacía sentir bien, a gusto, pero también me ponía nerviosa hablar con el francés, cosa que con el de España no. No quiero decir

que el español no me hiciera sentir bien ni a gusto, sí lo hacía, de sobra, pero con el francés era diferente; quería pasar tiempo con él, cuidarle, reír con él y conocerle más. Juro que nunca me ha agradado el amor pero con ellos es diferente, todo cambia. Me hacen sentir protegida, con ganas de vivir aventuras, solo quiero pasar tiempo con ellos y aunque prometí volver a Francia, es difícil que lo haga.

Mi madre me gritó desde la sala de estudio. Ella estaba trabajando todo el día en casa, nunca paraba. Mi padre era militar y se había ido hacía poco a entrenar a un país remoto.

- Cariño, hazme un favor, vete ya a la cama, es muy tarde. Son casi las dos de la mañana y mañana hay clase.

Yo sabía que mi madre no iba a parar de trabajar hasta pasadas un par de horas. Me gusta la noche, soy más creativa, y casi nunca tengo sueño. Hice caso a mi madre por una vez y fui a dormir. Me dormí nada más tocar la almohada, no sabía el sueño que tenía hasta que me tumbé. La alarma sonó con estrépito a las siete de la mañana, suerte que vivo cerca del instituto. Me levanté, desayuné y me duché. Me puse unos vaqueros negros y una camiseta blanca. Me puse una chaqueta vaquera y me peiné mi melena pelirroja.

Dijeron que nuestra despedida no sería la más dura, nadie sabía de nuestros sentimientos y sin embargo no pude evitar derramar lágrimas. Nadie comprendía el porqué, nadie sabía el porqué. El porqué era él. No quería separarme tan rápido, una semana era un período muy corto de tiempo, sobre todo para enamorarse de alguien, sin embargo él me enseñó a querer. El amor no tiene que tener una fecha límite para que alguien te guste, él en un par de semanas me había hecho sentir más que otras personas en años, y eso no sabía si me gustaba o no. Quería quedarme, quedarme con él. Sentir su abrazo y su dulce olor. Deseo volver con él. Pero no puedo volver a esas maravillosas semanas.

En estos años he hecho muchas cosas, todo movido por mis sentimientos y mis ganas de volver a verle. No conseguí que él me viera. O eso creo. Cogí la mochila y me fui de casa. Bajé trotando la escalera y fui rumbo al instituto. En la puerta me esperaba mi novio, le abracé y me besó la frente. Él sabía lo del chico francés, no le molestaba, sabía que lo nuestro no sería para siempre y que yo volvería a Francia a buscar al chico. En ese tiempo solo

había pasado una cosa que sabía que había llamado su atención. Una manifestación en la cual habían cargado contra los manifestantes. Yo estaba entre los manifestantes, me asestaron varios golpes en la cabeza y espalda, terminé con heridas por el cuerpo no solo por los golpes sino también porque tuve que salir corriendo ya que me querían arrestar por desorden público aunque yo solo estaba ejerciendo mi derecho a manifestarme. Él me llamó en cuanto salió en las noticias, me preguntó qué había pasado y cómo estaba. Estaba preocupado. Yo en ese momento estaba en el hospital, a punto de que me dieran el alta. Noté su alivio en cuanto le dije que estaba bien y que solo eran moratones y un par de heridas leves, nada que afectara a mi salud.

Mi novio me sacó de mis pensamientos con su suave voz:

- Mi amor... Hey... ¿Qué tienes ahora? - Sinceramente no sabía qué tenía de clase. Nunca me aprendía los horarios y ese año menos. Caminé por los pasillos oscuros y le dije a mi novio que se marchara a su clase:

- Estaré bien, no tienes que ir detrás de mí todo el tiempo.

Él me miró de soslayo y me besó la frente. Se marchó por el otro lado y yo fui hacia clase. Las luces se habían fundido la tarde anterior y todo estaba en penumbra, solo entraba luz por las ventanas. Estaba amaneciendo. Entré a clase y me senté en mi asiento. Estaba al lado de la ventana, al final de la clase. Me sentaba con mi amigo William. Él entró un par de segundos después de que me sentara. Se dejó caer a mi lado y me dijo:

- ¿Tienes las cosas de Física? Creo que me lo he dejado en casa. - Yo lo busqué en mi mochila. Sí que lo tenía, lo saqué y puse el libro entre nosotros.

Las clases pasaban rápido, yo apuntaba y atendía, la verdad es que era la única manera para no pensar en mi novio. Sentía que le estaba traicionando porque yo quería estar aún con el francés aunque hubieran pasado años. En ese momento debía tener la cabeza en los estudios, se acercaba la selectividad y no podía distraerme. Por suerte las semanas pasaban rápido y todo ese calvario estaba pasando más rápido de lo esperable.

Selectividad terminó y por fin pude descansar un par de semanas. Tenía dos semanas para mí de descanso. Subí las escaleras a toda prisa y fui a tumbarme en mi cama, pero mi madre me detuvo. Me entregó una carta y me sonrió. Tenía ojeras y su sonrisa era triste, la ansiedad me comió por dentro, pensando que eran noticias de mi parte. Fui a mi cama y me senté en el borde,

mientras abría la carta con velocidad, ni miré de dónde venía. Cuando el sobre cayó al suelo pude ver la letra de la persona que la había escrito, era él. El chico francés, Alix, era él. No pude contener la emoción y las lágrimas se me saltaron. Llevaba tiempo sin ver su letra, pero no hacía falta mucho esfuerzo para reconocerla, hacía curvas y era un estilo poco habitual, muy bien trabajado.

"Hola. ¿Cómo estás? Aquí todo sigue igual, desde que te fuiste no ha cambiado mucho: las casas, barrios, familias, etc. Te escribo esta carta porque necesito decirte algo importante y como he perdido el teléfono no puedo escribirte. Son malas noticias, yo necesito que vengas aquí, debes estar conmigo cuando lo escuches. Tiene que ver con Manon, ella está enferma, debes venir. Coge un vuelo lo más rápido que puedas, trae solo lo necesario, yo te proporcionaré el resto. No te tienes que preocupar, no es tan malo, pero te necesitamos aquí, con nosotros. He dejado con la carta una foto mía ahora, te iré a buscar al aeropuerto y te traeré a la ciudad. Cuídate, hasta pronto. Alix."

Manon fue la chica con la que estuve en el intercambio, y establecimos una relación casi de hermanas, ella venía algunas veces y entonces podíamos saber cómo estaba la otra. La carta llevaba una foto, era de Alix, en la actualidad. Debajo de la foto ponía que era para que le reconociera. Seguía igual, tenía la misma cara de niño risueño, con sus ojos grandes que le daban aspecto observador. Su cabello era lo más cambiado, se había dejado media melena, tenía unos rizos graciosos detrás de las orejas y le hacían parecer despreocupado. Miré la imagen un par de segundos y la dejé en la mesa de estudio, que estaba cerca de la cama. Cogí una maleta y empecé a llenarla con ropa y útiles de necesidad básica. Luego caí en que mi madre no sabía nada, tenía que avisarla. Corrí hacia su despacho y le dije:

- Mamá, hay un problema con Manon, debo irme a Francia a verla, tengo dinero, y me encargaré de todo... - Mi madre no me dejó terminar, me miró a los ojos y dijo:

- Estaba al tanto con que debías marchar, no pasa nada, te he puesto dinero en la cartera. - En ese momento la abracé como nunca y le di las gracias repetidas veces. Antes de que saliera escopetada del despacho de mamá añadió: - Revisa bien la carta, no vaya a ser que te hayas dejado algo por mirar.

Asentí con una sonrisa y fui a mirar la carta: nada, al igual que en la foto. Y en el sobre había un billete de avión, para mañana, a las siete de la mañana. El vuelo había sido cogido con mucha antelación y yo, ya estaba lista para partir.

Era aún pronto, las cuatro, pero los nervios se estaban apoderando de mí lentamente, notaba un nudo en el estómago. Quería saber qué le pasaba a Manon y también quería ver a Alix. No sabía cómo sentirme al respecto, en parte me alegraba volver a ver a Alix, pero tenía miedo de lo que le hubiera pasado a Manon. Puse el despertador para las cuatro de la mañana del día siguiente, y me acordé de mi novio, Marcos, él no sabía nada. Era mejor que no supiera.

Un par de horas más tarde me acosté y me dormí. Sonó el despertador, me levanté de un salto, por culpa de los nervios había dormido fatal, y no quería llegar tarde al aeropuerto, así que me duché, me puse ropa cómoda para el vuelo y desayuné, tomé un café solo, pero realmente no necesitaba despertarme, los nervios habían actuado como el café. Salí de casa con la maleta de mano y cogí el coche, camino al aeropuerto. Al llegar, me dirigí a la puerta de embarque y después de un tiempo de espera, subimos al avión y al cabo de otra media hora de espera despegamos.

Era un trayecto corto, más o menos hora y media, pero se hizo eterno. Los nervios me comían por dentro lentamente. Iba a ver a Alix en cuanto atravesara una puerta de cristal, solo unos pasos me separaban de mi mayor sueño. Abrazar a Alix. Hice de tripas corazón y atravesé la salida con paso inseguro. Levanté la vista y ahí estaba él, con su cara de niño y ojeras marcadas; con el pelo revuelto y más claro que hace un par de años. Él levantó también la mirada y me miró directamente a los ojos, vi como una sonrisa se formaba en su rostro y como caminaba hacia mí, yo hice le imité y a los pocos segundos estábamos el uno ante el otro. No pude evitarlo y le abracé, y él, me envolvió con sus brazos. Nos quedamos ahí, varios segundos. Seguía teniendo ese olor dulce que le caracterizaba y había ganado altura, me sacaba dos cabezas.

- Idiota, te he extrañado mucho.- Le dije con lágrimas en los ojos.

- Cállate.- Me dijo, y en ese momento unió sus labios con los míos.

Extrañaba el suave tacto de sus labios junto a los míos y como me cortaba la respiración. Nos separamos y le acaricié el cabello, era más suave de lo que recordaba. Dejé mis manos sobre sus hombros y él cogió mi mano izquierda y besó el anillo. En ese momento vi que en su mano derecha llevaba el anillo que yo le di. Una sonrisa se dibujó en mi rostro y le estreché la mano. Nos dirigimos a la salida con las manos cogidas y entramos en su coche, un Jeep commander negro. Subí al asiento del copiloto y él se puso al volante. No debía hacer mucho que se había sacado el carné de conducir, pero iba a una velocidad muy elevada.

-¿Cómo está Manon? ¿Qué pasa?- Le pregunté, recordando el porqué de haber ido allí.

- Manon me ha dicho que tenía que verte, que está bien, pero no sé qué le pasa. Vamos a casa Manon.- Se seguía notando una raíz francesa cuando formulaba frases y demás, pero me parecía muy lindo igualmente. Después de una media hora llegamos a casa de Manon y bajamos corriendo a ver que sucedía.

Era como una casa de pueblo, tenía una valla alta de madera y un jardín enorme. La casa era antigua y estaba remodelada. Las paredes eran blancas y las persianas negras. Tenía varios pisos, y el último piso tenía muchos ventanales que daban al salón y hacían parecer la casa más grande de lo que era. Llamamos al timbre varias veces y al ver que no respondía nadie, saltamos la valla. No me fue difícil saltarla, y a Alix tampoco. Corrimos a través del jardín y llamamos a la puerta de la casa, que se abrió al tercer golpe, pero no había nadie que la hubiera podido abrir. La casa estaba oscura y olía a cerrado.

Avanzamos por el pasillo y miramos cautelosamente en las primeras habitaciones, el salón y la cocina, totalmente vacíos, solo estaban los muebles con una fina capa de polvo. Continuamos andando en silencio y le cogí la mano a Alix, presa del miedo, no sabía que pensar. Llegamos a las escaleras, y subimos al primer piso, a las habitaciones. Abrimos la puerta de un golpe seco y allí, de espaldas a nosotros había una mujer alta que respiraba agitadamente, como si hubiera visto un fantasma. Alix y yo estábamos pálidos y totalmente quietos. La mujer se giró y su rostro me descolocó. Era yo, con una sonrisa macabra, y los ojos muy abiertos. De su boca salió una sola palabra antes de

que Alix me sacara de allí corriendo. La mujer había dicho Alix. Solo eso y después se había oído como lloraba.

Alix me obligó a correr hasta el Jeep y dentro de este arrancó y nos fuimos. Después de un par de minutos vimos a la misma mujer, en la carretera, delante del coche, esta vez tenía una expresión enfadada y gritaba el nombre de Alix. Alix aceleró y atropelló a la mujer, pero al girarme para ver si estaba ahí, no veía nada. La mujer había desaparecido. En ese instante Alix frenó bruscamente y me dijo:

- Dame tu anillo. Rápido- y yo obedecí. Le entregué el anillo y el me besó los labios otra vez. Me miró con los ojos en lágrimas y me dijo:

- Pase lo que pase, siempre te amaré Lily...

Me levanté de un salto de la cama, sin entender qué había pasado, eran las siete de la mañana y mi alarma sonaba con estrépito. Notaba el tacto de los labios de Alix aun contra los míos, y me di cuenta de algo aterrador y precioso a la vez. No tenía el anillo.



## CATEGORÍA 3º - 4º ESO y FPB

**MODALIDAD POESÍA: “Despedida”**

**(3º ESO B)**

**MARINA BÉCARES ROIG**

Hoy te he visto en sueños.  
Pero no eras como ellos decían;  
no llevabas guadaña, ni una capucha negra  
cubría tu esquelético semblante.

Eras, el susurrar del viento en  
danza, el eco del arroyo que  
solo busca un mar donde morir;  
eras un recuerdo pasajero.

Y me he visto a mí.  
He visto con añoranza a la niña  
que soñaba con ser bombero,  
que giraba en su carrusel de felicidad  
y dulce ignorancia; que anhelaba con  
ansias de crecer, conocer mundo.

Me has ido cubriendo lentamente  
con tu tupido velo;  
has cubierto cada ápice de mi ser  
hasta que (con certeza) lo he sabido:

Que era este mi final, el  
principio de otra vida que  
no he pedido.  
Y sin un retazo de temor,  
he puesto mi alma en tus gélidas manos.

# MODALIDAD NARRATIVA: “Recuerdos pasados”

(3ºESO A)

MARTA MOYA PÉREZ



## CAPÍTULO I

Mi hermano, mi queridísimo Alexos, la única familia que me quedaba, acababa de ser asesinado en la guerra del Peloponeso por esos zafios atenienses. Yo Cassandra desde ese mismo día me juré a mí misma acabar con aquellos atenienses que habían sentenciado la vida de mi hermano. Juré que nunca más volvería a ser aquella niña inocente que creía que nunca le pasaría nada vil a cualquiera de mis seres queridos.

A partir de aquel día nunca volví a ser nunca más Cassandra pues me cambiaría de nombre (Karan) y de género ya que a las mujeres no las dejaban combatir ni ser unas guerreras espartanas. Mi nueva identidad sería de un muchacho que nunca tuvo ningún ascendiente que le enseñara los valores de

un auténtico espartano criado para ser enviado al fragor de la batalla. Huiría de todos mis recuerdos de aquel pasado ya olvidado.

Recogí mis bártulos y me fui de allí lo más rápido que pude, sobre el cálido lomo de mi única alusión que me quedaba de mi querido hermano, una preciosa yegua negra como el mismo Cerbero. Su nombre era Sombra ya que parecía la auténtica sombra de Cerbero.

Salí de mi querida villa en Pilos para encaminarme hacia la capital Esparta. Fueron unos días muy duros debido a que entre Esparta y Pilos había unos 114 km de distancia entre ellos.

Los primeros días fueron muy tórridos y tuvimos que hacer más de cinco paradas antes de llegar a Mesenia. Allí me entrené con los aspirantes a grandes guerreros espartanos, donde desarrollé mi destreza tanto con el arco como con la daga.

No me permitieron instruirme con la espada, pero a mí eso no me preocupó puesto que en mis próximas paradas podría aprender tales habilidades sin problema, o eso pensaba yo.

## **CAPÍTULO II**

Sombra estaba agotada del viaje de Pilos a Mesenia de manera que tendría que ir a pie hasta la ciudad más cercana para adquirir la práctica con la espada.

Llegué a un poblado de herreros. En tal ocasión no tuve la coyuntura de poder desarrollar mi destreza con la espada, por el contrario, adquirí la aptitud de poder elaborar una espada, una lanza y un escudo con la ayuda de Plinio el herrero más famoso de aquel poblado. Junto con mi destreza y mi gran soltura en el aprendizaje de las artes de la guerra, conseguí una de las mayores habilidades apreciadas por todo aquel herrero que se apreciase a uno mismo, aquella habilidad era la paciencia y el aguante de sofocante oficio. Las labores del día a día eran muy duras.

Tras recibir aquellos conocimientos pude elaborar mi primera arma de combate cuerpo a cuerpo: una daga y una espada. Tras pasar varios meses en aquel poblado, siempre temiendo ser descubierta, decidí regresar a Mesenia.

Allí repasé mis enseres y partí hacia Esparta con Sombra, porque en el poblado apareció un mensajero del pelotón de Brásidas, uno de los mejores comandantes espartanos, anunciando que todo aquel varón espartano libre podría unirse al ejército.

### **CAPÍTULO III**

Durante mi viaje hacía Esparta tuve un gran contratiempo que hizo desviarme de mi ruta, por lo cual me encaminé hacia Giteon una de las ciudades gobernadas por espartanos.

Al arribar a Giteon lo primero que hice fue buscarme un oficio como ayudante de herrero para continuar con la perfección en las artes de la herrería. En aquella ocasión me encontré con uno de los mayores herreros espartanos, Darius, que me cuidó y enseñó como si fuese su propio hijo dado que su primogénito fue enviado a combatir por Esparta. Nunca llegó a descubrir mi verdadera identidad de mujer tras el nombre de Karan, pues si algún día lo descubrió no fue en esa época. Aparte de gran herrero era diestro con las armas por lo cual aprendí mi mejora con mi daga, espada y arco. Me formó en la confección de un verdadero escudo espartano, con el que me enseñó cómo protegerme y defenderme de ataques cuerpo a cuerpo.

Tras pasar más de un año con Darius, decidí marchar hacía Esparta, ya de forma definitiva, donde podré inscribirme en el ejército espartano. Así podría cumplir mi juramento.

### **CAPÍTULO IV**

Me encaminé hacia la legendaria Esparta, a pesar de los grandes retos que me supuso llegar hasta allí.

Al presentarme al ejército no me conllevó ningún problema entrar debido a que ellos pensaban que era un hombre y no una mujer. Además de al estar tan necesitados de nuevos guerreros, me admitieron en el acto en vista de que era una experta con la espada, el escudo, la daga y el arco.

Me movilizaron a un campamento en Piros, donde acabé de perfeccionar totalmente mi habilidad con el escudo y me formaron para la utilización de la lanza. Aparte de estas nuevas aptitudes con las armas me preparé y eduqué con los demás guerreros espartanos. A fin de ser una buena formación de hoplitas para combatir a nuestros enemigos efímeros atenienses. Acabaría con la vida de todos aquellos que me destrozaron mi infancia, y vengaría la muerte de mi hermano. Así pues, esta aventura como chiquilla abandonada había acabado, ahora era un guerrero espartano listo para la guerra y saciar mi sed de venganza.

## **CAPÍTULO V**

La vida en el campamento era muy dura. Dormíamos todos juntos en el mismo barracón. Las comidas no eran muy abundantes ni buenas como yo me esperaba sin embargo los entrenamientos eran tan duros como decían los ancianos de Pilos.

No había ninguna diversión, pero eso no me importaba. Disfrutaba pensando que mis contrincantes eran odiosos atenienses, los que asesinaron a mi hermano. Todo el tiempo pensaba en los días que faltaban para comenzar la batalla.

De pronto un día apareció en nuestro barracón Brásidas, el comandante más famoso de todo el ejército espartano. Nos dio un discurso sobre nuestra próxima batalla contra los atenienses. Para ello deberíamos desplazarnos a pie hasta la mismísima Megara, donde nuestra misión sería la de defender a la ciudad de los rufianes atenienses.

Salimos al día siguiente de madrugada. La noche anterior no pude dormir casi nada por la emoción. Sobre la ciudad se extendía un silencio solamente roto por el canto de algún ave lejana. Era un presagio de la lucha que se avecinaba. No me daría cuenta de aquello hasta haber tenido a los atenienses a diez pasos de nuestra falange.

A Brásidas tanta tranquilidad le resultaba insólito por lo que me pidió que estuviera atenta ante cualquier extraño movimiento que pudiera acaecer. De pronto vimos el campamento al que nos íbamos a refugiar y al llegar

descubrimos que estaba destruido, solo quedaban cenizas y los cuerpos de nuestros compañeros espartanos. Me di cuenta de que todo esto era una trampa y no tardó en producirse aquella desdicha. Me defendí también como sabía hacerlo, pero la mayor parte de mis camaradas no consiguieron sobrevivir. En el mismo instante en que le di una estocada en el brazo izquierdo de un ateniense puede observar que Brásidas estaba rodeado por cinco de esos sucios atenienses. Así que decidí ir en su rescate. De un golpe con mi espada pude salvarle de una muerte segura a manos de un odioso ateniense. De ahí surgió una amistad para toda la vida, que nos llevó a luchar juntos en innumerables batallas y disfrutar de múltiples aventuras.

Pero esa es otra historia muy larga así pues la contaré en otra ocasión.

## CATEGORÍA BACHILLERATO

**MODALIDAD POESÍA: “Mujer mítica”**

**(1ºBB)**

**TERESA CARRASCO SAURI**

Esperabas ser  
un Teseo  
que no tuviera castigo  
dejando  
a esta Ariadna  
en una isla olvidada.  
Esperabas ser  
un gran Zeus  
(qué egocéntrico)  
engañando  
a esta Hera  
sin ninguna represalia.  
Pero lo que no sabías  
era que yo nunca fui  
un arquetipo sin idea  
de heroicidades.  
Porque yo soy la Casandra  
que sabe perfectamente que dice la verdad  
y no necesita que nadie la crea.  
Porque yo soy la Antígona  
que sabe que lo que hace es lo correcto  
aunque todo el mundo esté en su contra.  
Porque la Eris que soy  
ha visto que tú solamente  
eras un caos que quería dominarme.  
Porque la Calipso que soy  
ha escapado de Ogiya  
aprendiendo a quererse a sí misma.  
Que si tú quieres ser un Perseo,  
yo seré la Gorgona que te cortará la cabeza.

## **MODALIDAD NARRATIVA: “Una naranja por una manzana”**

**(2ºBB)**

**RAÚL CANO CEJALVO**

EL DÍA QUE LO CONOCÍ: *ORIGINALE PECCATUM*

Finalmente y con toda certeza uno llega a la conclusión de que la ontogenia es un compendio de la filogenia. Si bien he estado estudiando diez años de mi vida los campos más reaccionarios a la pasión, puedo decir con total certeza (como aquello de la ontogenia) que no han trascendido en mí. Sigo en el mismo punto de partida en el que estaba antes de nacer: muerto. A los nueve meses, Eva se cogió el cordón umbilical y resbaló por el útero de una manzana hasta llegar al otro lado, yo simplemente me caí de cabeza. Y no contento con estar condenado a la pasividad eterna, empleo toda una vida a rendirle tributo.

Huelo que las naciones no llevan con dignidad el reproducir, inherentemente a su voluntad, el mismo error. Los dos padres que tenemos en común la humanidad cometieron el error de entregarse a la pasión sexual (con una manzana) y ahora lo debemos pagar saliendo de nuestro propio paraíso. Ya tengo suficiente con pagar los errores que cometieron mis padres más cercanos, que no son pocos. ¿Ahora tengo que pedir perdón por nacer? Observando los complejos que me rodean me doy cuenta que todos echan raíz hacia abajo en la misma dirección. Las decisiones políticas como determinar nuestro género, votar, tener sexo o llorar vienen dadas por la búsqueda del perdón a uno mismo, de ser fiel a tu personalidad y en última instancia, de olvidar el pecado original. Una vez naces puedes salvarte con agua bendita o puedes bañarte en la orina que siguió después del parto. Yo decidí bebérmela y vomitarla cada sábado con las garras clavadas a la pila, sacando de dentro toda la tristeza que mis padres me legaron, toda la bilis negra.

Una monja torturó a la mano izquierda de mi padre hasta que consiguió su objetivo: que el niño escribiera con la derecha. La reprimenda fue satisfactoria y mi padre juró lealtad a la derecha hasta que en las elecciones del 86' votó al Partido Comunista. Lo que no tuvo en cuenta la sierva fue la genética, todo y que era una mujer erudita en el Génesis por lo que mi padre



me dijo. Más tarde, mi padre trajo al mundo con su útero a un querubín zurdo. No le sirvió de nada a la profesora del Régimen, fue un castigo somático.

En cambio, el castigo de Eva fue congénito. La patología de nacer se transmite de generación en generación y se manifiesta en el máximo porcentaje de los casos, porque ya se sabe que eso de nacer se lleva en los genes.

Mi madre ya no se acuerda de la última vez que rezó a sus Santos. La copa de vino de la comunión se le atragantó encharcándole los pulmones, y desde ese momento no ha dejado de llorar sangre. Solo recuerdo las nanas que me cantaba con goteras de agua-sal por todo el techo. Cuando el pecho se le volvió negro me contó que las goteras venían de sus ojos. Entonces hubo inundaciones. Era tanta el agua que me ahogaba que ya no diferenciaba quien tenía el alma manchada en esa casa. Todos decidimos hacer pacto de silencio con nosotros mismos para encerrar a la bestia. Tengo miedo de decirles que yo nunca lo hice. Y ahora me he quedado solo con ella.

Toda una vida castrando a las pasiones para saber que, como el pecado original, son inevitables. El dolor de mis padres hizo que un día supiera lo que supuso para mí haber nacido. Las contracciones de mi madre eran las trompetas que anunciaban el principio del fin, el día en que lo conocí.

## EL DÍA QUE SE ME APARECIÓ: *PRODIGIUM*

La primavera reventaba a su paso todo lo envuelto: las crisálidas escondidas en los barracones de unas masías que añoraban tiempos mejores, las esporas que hacían de la transparencia del ambiente una translucidez casi palpable y los caramelos con tinte navideño que anunciaban la catástrofe bucal del niño que los comiera. Concretamente, eran mis muelas las que peligraban ese día. El calor “de Fallas” te abofeteaba a cada segundo que resistías, y el colegio estaba más animado que nunca. La campana acababa de avisar el descanso, y los presos judíos de poco más de un metro salimos a celebrar la libertad junto con las margaritas y las amapolas rusas. Toda mi niñez la recuerdo saboreando caramelos reencarnando a la inocencia que las circunstancias, las drogas y mi país me fueron quitando. Ese día, la Santa Trinidad me abrió una brecha en el alma que ahora, muy a mi pesar, se ha

extendido por todo el cuerpo. Los dulces fueron la premonición de que la cueva virgen iba a ser profanada.

Un amigo y yo nos asomamos a la valla que colindaba con un colegio bastante peculiar. El patio era una explanada llena de sábanas blancas tendidas, creando una estética que hubiese hecho estremecer al mismo Almodóvar. Raras veces se veían a unos hábitos vestidos de mujer que cruzaban el campo de telas casi levitando, como guardianes esperando la noche.

- Pues mi padre me ha dicho que eso es de Dios y de la Iglesia. -Dijo él.

- No. Dios no existe. - Contesté.

- ¿Pero qué dices? -

La disputa acabó en clase con la profesora mirándonos por encima del hombro y con mi diente envuelto en papel de rollo. Ese fue el primer acto de una obra que nunca se estrenaría. Los pilares de mármol a los que me agarraba para seguir viendo la realidad como un niño se tambalearon tanto que caí de bruces contra el suelo, arrancando en contra de mi voluntad otro diente. Uno menos. El aula olía a cerrado y el escalofrío que me recorrió la columna me avisó de que todos los Santos se habían vestido de negro para la ocasión. Con la euforia de un espartano que sabe que ganará la guerra le comenté con el pecho encogido la ridiculez del asunto. ¿Cómo va a existir Dios? ¿Alguien lo ha visto alguna vez? El espíritu empirista que me definía acabó muriendo cuando me miré al espejo una tarde cualquiera y vi en mi rostro todo lo que no se ve y dejé de ver todo lo que se veía en mi rostro. A punto de llegar al fin de la batalla, *Héctor* y *Paris* se lloraron a los ojos como muestra de afecto impasible a las circunstancias. *Hera* dio un golpe en la mesa para sentenciar a alguno de los dos.

- ¡Pero bueno! ¿Quién te ha dicho que Dios no existe? Pues claro que existe.

Estáis castigados los dos. Reflexiona sobre lo que has dicho, Raúl. -

Me arrancó de una toda la dentadura. Sin anestesia. Cuando a un niño le dejas en encías, le apagas una llama que jamás podrá volver a encender. El grito de dolor hizo que la virgen se quitara el velo y llorara de color rojo. Como mi madre. Como mi Santa madre.

Esa profesora abrió, con las mismas tenazas con las que desencajó mis muelas, la brecha que mis padres cerraron diez años antes con un papel de

filtro muy fino. Ya era demasiado tarde. El encaje que protegía mis ojos había cambiado a uno que se asemejaba más al papel de liar.

*Pandora* hizo que con apenas una década, la vida me supiera a poco. Creó de mí un ser que solo era antes y después de ser y nunca cuando era. A veces pienso que abrí la caja equivocada. Intuyo sin desearlo que todos los males que arrastra mi familia con los pies los até yo. Ese día sufrí una castración, y desde ese mismo día le giro la cara a mi madre para que no me vea llorar por dentro, para que no se vea reflejada en el agua-sal de mis ojos que algún día me legó sin darse cuenta. Solo anhelo pedirle perdón, pero cuando voy a escupir solo me salen reproches y sangre.

Así fue como esa primavera se convirtió en un invierno que me heló los huesos y me vació por dentro. Y ahora, cada sábado, vomito con gritos de dolor para llenar el estómago de las mariposas que nacieron ese mes, para no olvidar el día en que se me apareció.

## EL DÍA QUE RENACÍ: *ASCENSUM*

No había crisis que no pudiese arreglar con la contemplación de una buena vidriera. Los colores que rezumaban cada una de ellas me absorbían hasta tal punto de orinar en los pantalones de pana que mi abuela ajustaba sin compromiso. La mancha se extendía por todos los genitales y llegaba a surcar el abrupto caudal de las ingles, generando un calor que ya entrada la adolescencia me visitó más veces. Según la catedral que visitara, la gama de colores variaba del verde, cian y marrón, al ámbar, rojo y violeta. Toda combinación me parecía celestial, cada una mejor que la anterior. En ese momento solo entraba a las catedrales en excursiones y por obligación. Dentro de mi racionalismo impuesto se había desarrollado un anticlericalismo bastante tóxico heredado de las caras sucias que ahora yacen en las cunetas de mi nación. Una vez que la actividad contemplativa se me hizo monótona, me planté con una mochila vacía y el alma del revés en la catedral de *Notre Dame*. Pasé del rechazo a la atracción (me atrevería a decir que incluso sexual) casi en tiempo negativo. Todo un Universo de morados penetraron en mis pupilas haciendo de ellas un prisma en el que se reflejaba y refractaba la admiración más profunda. Pensar que detrás de esas vidrieras se escondía un mundo del

mismo color hacía que naciese en mi algún tipo de esperanza vacía que rompía contra todo pronóstico con mi visión cartesiana ya no solo de los objetos, si no de los momentos.

Por poco no caí en el trampantojo. Justo cuando brotaron las primeras pencas de fe en mi pecho, justo cuando empecé a ascender al reino, me llegó un mensaje que me bajó al mismísimo Infierno.

- ¡Ay, cariño! Qué el papá se ha ido. Qué nos ha dejao', Raúl. ¡Qué el abuelo se ha muerto! -

Recuerdo a la perfección como se abrieron grietas por todo el sistema de arcos que aguantaba la catedral. Toda la luz de las vidrieras se encarnó en un tinte que descendió por las columnas hasta desaparecer por el alcantarillado. Acto seguido, se rompieron en mil pedazos, clavándose en el rostro de todos los presentes y desfigurando rasguño a rasguño el cuerpo de cada uno. Entonces entraron por las compuertas todos los muertos, provocando que me fuera imposible diferenciar entre ellos y los vivos. Nunca me ha sido fácil. Y entre todos ellos ninguno era mi abuelo. Los Cantos Gregorianos se difuminaban con el llanto de un niño que acababa de perder por primera vez a alguien. Lo vomité todo. Vomité las comidas y las cenas que nunca tuve con él. Vomité todo lo que podría haber aprendido pero que dejé escapar. Tenía el pecho como las cenizas de un cigarro. Ahora no había pila a la que agarrarse. Inundé todo el espacio del líquido negro que siempre me ha acompañado. Antes de comprobar que estaba totalmente sumergido en mis peores dolores cerré los ojos. Decidí regar alguna llama que ya nunca más podría encender, para poder descansar en paz. Como el abuelo.

Cuando los abrí estaba en el tanatorio. A mi izquierda se encontraba mi madre, con un gesto pasivo y agotado, con una mirada agónica. Al otro lado estaba mi abuela, tratando de mantener el tipo, vestida de un negro que iba a juego con sus ojos. Estaban contentas por dejarlo ir. Aunque él no quisiera. En medio de la ceremonia salió del ataúd y se dirigió hacia mí. Caminaba lento, con la mirada fija en mis mejillas. Chocó sus labios pálidos contra ellas y permaneció una eternidad apoyado en mí.

- Hueles fatal, abuelo. -

- Me estoy pudriendo, hijo mío. Es lo que tiene. - Me miró fijamente. -Tú, en cambio, hueles a azahar. -

- Será por el detergente. - Le esquivé la mirada. Aun no estaba preparado para mirar de frente a la Parca.

- Me recuerda al naranjo que plantamos cuando apenas tenías seis años. ¿Te acuerdas? -

- Claro que me acuerdo. Tenía las mejores naranjas que he probado nunca.-  
Con una mueca barata se giró y subió escaleras arriba para coger de dentro del ataúd una naranja. Volvió como con prisa.

- Ten. No necesito nada para mudarme allí abajo. –

Cuando me quise dar cuenta, el sacerdote ya estaba terminando el sermón. Mi abuelo subió como pudo al ataúd intentando no interrumpir el discurso. Llegó justo a tiempo para quemarse. Todo el dolor que no le legó a su hija, me lo legó a mí con la fruta de nuestro árbol prohibido. Una naranja por una manzana. Cada vidriera que me componía murió para luego renacer. Ese día hizo de mí lo que soy ahora. Mi racionalismo, mi poco sentido de la tragedia se lo llevó el abuelo como despedida. Los Santos dejaron de vestirse de negro y se desnudaron. Mi madre dejó de llorar sangre y empezó a sangrar agua. El paganismo se apoderó de todos mis sentidos y le dio la vuelta a todo lo que veía.

Ahora lo entiendo todo: una naranja por una manzana, una naranja por una manzana.